

Standing Rock está en llamas — pero nuestra resistencia no ha acabado (2017) por Julian Brave NoiseCat

Justo al norte de la reserva de Standing Rock Sioux, los protectores de agua prendieron fuego a sus estructuras tradicionales e improvisadas en un acto final de oración y desafío contra la tubería Dakota Access de Energy Transfer Partner, enviando columnas de humo negro al cielo invernal sobre el campamento de protesta Oceti Sakowin.

En anticipación del plazo de desalojo por las autoridades de Dakota del Norte el miércoles, la mayoría de los cientos de manifestantes restantes marcharon, cogidos del brazo. Se estima que otros cien rechazaron la orden del estado, eligiendo permanecer en el campamento y arriesgar arresto para defender la tierra y el agua prometidas al Oceti Sakowin, o Gran Nación Sioux, en el Tratado de Fort Laramie de 1851, que se rompió hace mucho tiempo.

Sobre estos terrenos sagrados, la historia tiende a repetirse. En 1890, la policía asesinó a Sitting Bull en la reserva de Standing Rock por sospecha de que se estaba preparando para liderar el movimiento Ghost Dance en una insurrección. Dos semanas después, la Caballería de los Estados Unidos masacró a más de trescientos Lakota en Wounded Knee. Más de 126 años después, los personajes y los detalles de las historias que animan este paisaje han cambiado, pero los indios (nativos) y los vaqueros permanecen atrapados en la misma danza lúgubre.

El primer mes vertiginoso de la presidencia de Donald Trump ha sacado a la luz las injusticias del racismo, el capitalismo y el patriarcado que desde hace mucho tiempo se encuentran bajo la superficie de la sociedad estadounidense. El desalojo de Oceti Sakowin de sus tierras bajo tratado nos obliga a enfrentar otra injusticia fundamental, una que rara vez se discute en la política contemporánea: el colonialismo.

Para muchos, es polémico e incluso ridículo sugerir que el colonialismo persiste en el presente. En la imaginación popular estadounidense, el colonialismo terminó cuando las trece colonias declararon su independencia de Gran Bretaña en 1776, o cuando John Wayne y la Sexta Caballería destruyeron a Gerónimo y los Apaches en Stagecoach.

Según estas narrativas, el colonialismo es cosa del pasado.

El desalojo de Oceti Sakowin sugiere lo contrario. Pero para ver el panorama completo en todos sus detalles injustos y espantosos, debemos internalizar toda la culpa del trato que Estados Unidos le ha dado a los Sioux de Standing Rock y a los primeros habitantes de esta tierra.

En Standing Rock, el 41 por ciento de los ciudadanos vive en la pobreza. Eso es casi tres veces el promedio nacional. La infraestructura básica de la reserva está en un estado crónico de sub-financiamiento. Las escuelas están fallando. Los trabajos son escasos, y el 24 por ciento de los residentes de la reserva están desempleados. La asistencia sanitaria es inadecuada. Muchos dependen de pozos inseguros para obtener agua. Muchas veces las carreteras están sin asfaltar. Las viviendas escasean, son deficientes y están superpobladas. Si la gente de Standing Rock no albergara a sus seres queridos y amigos, habría una gran cantidad de personas sin hogar.

El precio de \$3.8 mil millones de Dakota Access Pipeline es casi \$1 mil millones más que el presupuesto total de la Oficina de Asuntos Indígenas. Se dice que Kelcy Warren, el director ejecutivo de Energy Transfer Partners, tiene un valor de \$4.2 mil millones. La tubería canalizará más riqueza en sus bolsillos.

Mientras tanto, Standing Rock permanecerá en la pobreza en los márgenes. La pieza de infraestructura más cara en la comunidad no serán las escuelas, hogares u hospitales que necesitan desesperadamente. Será una tubería que han opuesto con vehemencia.

Así es como viven los primeros habitantes de esta tierra en los olvidados bantustanes del oeste americano.

Este sistema, fundamento esencial de los Estados Unidos, tiene sus raíces en el robo de tierras indígenas y el repetido rechazo de la soberanía indígena. La presencia indígena debe ser confinada, borrada y luego olvidada, para que los Estados Unidos pueda seguir viviendo y obteniendo un gran lucro con las tierras arrebatadas de los pueblos indígenas.

La supresión de los pueblos indígenas explica por qué Dakota Access fue desviado desde aguas arriba de Bismarck hacia el sur hasta Standing Rock. Explica por qué las tuberías pueden atravesar las comunidades nativas sin tener en cuenta sus tratados y los derechos indígenas, constitucionales y humanos. Explica por qué se puede perforar una tubería de miles de millones de dólares a través de Standing

Rock antes de que se construya la infraestructura básica necesaria. Explica cómo, después de meses de visibilidad y protestas sin precedentes, Trump puede afirmar que no recibió quejas sobre la tubería. Explica cómo se puede borrar Oceti Sakowin del mapa.

Es imposible describir la totalidad de esta imagen de robo de tierras, contención, pobreza, opresión, vigilancia y extracción como algo diferente al colonialismo.

Pero desde el momento en que el colonialismo atrapó la tierra y la vida, los pueblos indígenas lucharon en su contra, nadie más que Sitting Bull y sus parientes, les Oceti Sakowin.

Han encendido un fuego en la pradera en el corazón de América como símbolo de su resistencia, un movimiento que defiende algo indudablemente justo: el agua que sostiene la vida y la tierra que dio a luz a las personas. En sus cenizas está el potencial de un futuro más justo para esta tierra, esta agua y todas las naciones y personas que la comparten.